

BIBLIOGRAFIA

Obras completas de Andrés Bello. Edición oficial del Ministerio de Educación de Venezuela. 4 volúmenes publicados.

En los tiempos que corren, duros tiempos de crisis moral y de preocupaciones materialistas, no es común el homenaje a los hombres de pensamiento y de acción civilizadora. La ingratitud, el olvido, la injusticia, en una palabra, son más o menos frecuentes y generales para los valores de la inteligencia. Los trabajadores del espíritu —bien se sabe— son los que verdaderamente gobiernan las sociedades y moldean el alma de los pueblos. La obra tesonera y silenciosa del educador, del escritor, del artista, del intelectual, del pensador, crea, por encima de grupos y de fronteras, un ideal de vida y de conducta de sentido más trascendente que las realizaciones prácticas y los convencionalismos políticos de los gobiernos y de los Estados.

En América, por ejemplo, cada uno de sus países ha contado siempre con hombres representativos, verdaderos guiones y exponentes del espíritu continental, que han batallado incesantemente con la pluma y la palabra para legarnos el tesoro magnífico de sus ideas creadoras en obras y escritos.

Algunos nombres adquieren significación universal y simbólica. Se piensa en Hostos, Martí, González Prada, Rodó, Sarmiento, Montalvo, Lastarria...

Glorificarlos es deber de patriotismo y de reconocimiento. Los pueblos se enaltecen cuando rinden tributo a sus pensadores y maestros. "Honrar, honra", ha dicho lapidaria y hermosamente un poeta americano. Es lo que acaba de hacer Venezuela con uno de sus hijos más ilustres: Andrés Bello.

El homenaje —decretado por el presidente Rómulo Gallegos en 1948 y continuado por las juntas de gobierno militar que se han sucedido hasta hoy— consiste en la publicación de sus *Obras Completas*, publicación que pretende ser un "monumento de perpetuidad más sólido que el bronce y el granito", según el anhelo fervoroso de la comisión editora expresado en el prólogo general del repertorio.

En presencia de los primeros cuatro volúmenes aparecidos, cuya distribución efectúa dentro y fuera del país el Ministerio de Educación de Caracas, podemos afirmar, sin incurrir en hipérbole, que ese alto propósito ha tenido una realización ejemplar. En efecto, las páginas de la vastísima colección del insigne humanista americano, valen, tanto por la calidad de su fondo doctrinario, como por la belleza formal del texto impreso que contienen.

La empresa de editar las *Obras Completas* de Andrés Bello constituye, pues, un acontecimiento extraordinario digno de ser señalado en la historia cultural de nuestro continente. No, desde luego, por la novedad de la iniciativa, ya que, como se sabe, la República de Chile, mucho antes, honró la memoria del ilustre caraqueño con una publicación similar, en quince volúmenes, que vieron la luz, sucesivamente, desde 1881 —centenario de su nacimiento— hasta 1893. Posteriormente, otras tentativas se dirigieron al mismo propósito: una en Madrid, debida a la devoción entrañable de Miguel Antonio Caro, en una *Colección de Escritores Castellanos* que imprimía Mariano Catalina, y otra emprendida en Santiago de Chile bajo los auspicios de la Universidad. Ambas quedaron a medio hacer: de la primera sólo salieron siete tomos y de la segunda —simple reimpresión de la colección de 1881-1893— alcanzaron a aparecer únicamente nueve volúmenes desde 1930 hasta 1936, ignorándose las causas de esta interrupción.

Ahora se inicia la edición venezolana, para cumplir “un viejo proyecto de la intelectualidad nacional y anhelo común de todo el país”, según declara la comisión en la larga “advertencia editorial” que figura en el primer tomo.

Al poco tiempo de comenzar sus tareas y profundizar en el estudio de la vida y escritos del insigne humanista, la junta editora, con cabal responsabilidad de su misión, advirtió las imperfecciones y lagunas de los trabajos anteriores y decidió acometer una revisión sustancial de los mismos.

Por otra parte, esta edición había envejecido —lleva ya tres cuartos de siglo— y sus páginas exigían, por consiguiente, un examen atento y minucioso. Además, no era completa —faltaban muchos escritos— y algunas lecciones del texto carecían de fidelidad y autenticidad.

Estas razones aconsejaron a la comisión a emprender una investigación a fondo para dilucidar y resolver, a la luz de los cánones de la técnica moderna sobre la materia, las delicadas cuestiones que planteaba la nueva tarea editorial. De esta manera, también, el organismo editor dejaba de ser un mero ente administrativo, para convertirse en un verdadero instituto especializado en el estudio y crítica de la obra bellista. Contó para ello con la colaboración espontánea y entusiasta de numerosos intelectuales de todos los países de América. Además, para

facilitar la compulsa directa de las fuentes documentales, la comisión realizó una intensa labor heurística de rastreo y acopio de libros, manuscritos y reproducciones en microfilm y fotocopia. Logró de este modo reunir una vasta biblioteca y archivo que en el futuro podrá utilizarse como base para la creación de un centro de investigaciones que estudiará la vida y la obra del maestro venezolano.

El éxito de la empresa constituye un ejemplo admirable de cooperación espiritual y de síntesis de esfuerzos mancomunados para ofrecer a la cultura de América el pensamiento de una de sus expresiones más altas y nobles.

Además del valioso aporte auxiliar de asesoramiento y de ideas recibido de fuera, es de estricta justicia destacar la imponderable labor realizada por la comisión editora que preside Rafael Caldera. La sola mención de sus nombres constituye, de por sí, una garantía de acierto. La componen: Augusto Mijares, escritor y sociólogo profundo; Enrique Planchart, bibliógrafo erudito, director de la Biblioteca Nacional de Venezuela, recientemente muerto, y Pedro Grases —secretario— humanista español residente en Caracas desde 1937, que se ha consagrado, con amor entrañable, al estudio de Andrés Bello y muchos otros aspectos de la historia y de las letras venezolanas.

Las características y alcances de esta ímproba tarea están referidas en la introducción general de la mencionada comisión editora. Para valorar debidamente el esfuerzo que ha demandado la misma, hácese imprescindible tener presente las múltiples cuestiones, de fondo y de forma, que suscita la edición de una obra extensísima y de variadas materias como es, incuestionablemente, la que nos legó la poderosa mente creadora de Andrés Bello.

En efecto, la lectura de los manuscritos originales ha sido penosa, no sólo por las condiciones de deterioro material de muchos de ellos, sino, también, por el carácter de la letra, de rasgos confusos y pequeños, circunstancia que torna indescifrable numerosos pasajes. A esta dificultad se agrega otra, no menos seria, derivada de las múltiples correcciones y enmendaduras del autor. Bello era, como se sabe, un trabajador sin prisa, tenaz, reposado, que corregía y rehacía porfiadamente sus borradores. Y esto se advierte tanto en los manuscritos como en los trabajos impresos. Fresca aún la tinta de sus libros, empezaba Bello la interminable labor de autocritica y rectificación, ya en las mismas páginas, ya en largas banderillas de papel sucesivamente adheridas a los márgenes del texto. Por otra parte, una curiosa modalidad de trabajo del autor, entorpecía aún más la lectura de sus originales. Bello nunca se sintió urgido por afanes de publicidad. Muy al contrario, dejaba reposar por años sus escritos inéditos y luego los iba reelaborando, en el curso del tiempo, de tal suerte que un mismo manuscrito ofrece,

en algunas ocasiones, distintas formas de letra que se entremezclan desordenadamente. Tal cúmulo de enmiendas y agregados ha planteado a la comisión el difícil problema de las variantes de texto, variantes que han sido cuidadosamente analizadas y registradas en forma de notas.

Por último, debe tenerse en cuenta que muchas publicaciones de Bello, por escrúpulo de modestia, han aparecido sin su firma y este hecho ha originado delicadas cuestiones vinculadas con la atribución de autor. Los editores han debido proceder con cautela y prudencia para establecer, de manera incontrovertible, la paternidad y autenticidad de los textos dudosos.

En síntesis, destácase en esta edición de *Obras Completas*, la pureza y correlación orgánica de los textos, clasificados con un criterio más sistemático; el hallazgo de otros que habían permanecido ignorados, lo que permitió la inclusión de materias, a veces tomos enteros, que no figuran en la colección de Santiago de Chile, y la valiosa cosecha del *Epistolario* de Andrés Bello, formado tanto por las cartas escritas por él, como por las que le fueron dirigidas, y que abarcará —se calcula— un par de volúmenes. En ese epistolario —publicado fragmentariamente en algunas revistas venezolanas— se puede apreciar de manera más íntima la personalidad de Bello, como así también, la época, el ambiente y los escritores con los cuales mantuvo trato, entre los que se hallan varios argentinos, como Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Sarmiento, Mitre, etc.

Estas *Obras Completas* se ajustan a un plan que consulta las materias fundamentales de los escritos del gran humanista caraqueño. Los trabajos principales están precedidos de un estudio preliminar que, en cada caso, contesta a estas dos preguntas: qué significación tuvo la obra de Bello en su época y qué sobrevive hoy de esa obra o cuál es la estimación que puede alcanzar en nuestros días. Así, el tomo de *Poesías*, que es el primero, lleva una extensa "Introducción a la poesía de Bello", de Fernando Paz Castillo, poeta venezolano, profesor de literatura en la Universidad de Baltimore; el tomo tercero, que se titula *Filosofía*, contiene un prólogo del filósofo español, David García Bacca, catedrático actualmente en la Universidad de Caracas; la *Gramática*, que forma el tomo cuarto, está precedida de un hermosísimo ensayo de Amado Alonso, y el tomo quinto, que versa sobre *Estudios gramaticales*, inserta una erudita monografía de Angel Rosenblat sobre las ideas ortográficas de Bello.

De esta manera, al término de la empresa habrá quedado como saldo de positiva utilidad para la cultura contemporánea, una vastísima labor de exégesis realizada por los más autorizados especialistas de cada una de las producciones de Bello en las variadas disciplinas que cultivó su inteligencia excepcional.

A continuación de los cuatro volúmenes publicados hasta ahora, irán otros —no se sabe aún cuántos serán en total— que se refieren a crítica e historia literaria; derecho, política y sociología —sección que incluye, entre otros asuntos, el *Código civil de la República de Chile*— que será publicado por primera vez en texto concordado, las obras de historia, geografía y ciencias y, al final, el epistolario.

No se crea, sin embargo, que con ello quedará cerrada la obra, pues el proceso de investigación continúa su curso con la mira de allegar nuevos materiales. Teniendo en cuenta esta circunstancia, la junta editora ha dispuesto la publicación de una serie abierta de “Anexos” para que pueda recogerse todo aquello que facilite la interpretación y aclaración del pensamiento del humanista. A ello se debe, también, que se haya acordado la edición de otros volúmenes, como una nueva biografía de Bello y la bibliografía crítica del mismo.

Concebida así la edición, se advierte cabalmente la magnitud extraordinaria de la empresa. Nada más lejos del propósito de la misma, que el deseo “de acumular tomos, fríos como bloques de mármol”. El designio ha sido, por el contrario, más alto y fecundo. Se ha exhumado la obra escrita de Bello, en una edición auténtica de sus textos, reanimándola en todas sus facetas con el soplo vigoroso de una nueva valoración, para que su pensamiento constructivo, su fe en los ideales y su conducta moral, sigan iluminando los destinos de América y del mundo.

Sus páginas, eruditamente ilustradas con glosas doctrinarias y láminas magníficas, renacen, como Fénix de sus cenizas, para vivir de nuevo y enseñar a los hombres.

Por último, debemos referirnos a un aspecto aparentemente secundario de la obra, pero que tiene gran importancia y no ha sido descuidado. Se trata de la hermosa y sobria presentación tipográfica de los volúmenes. Es grato para el sentimiento argentino saber que la impresión de la obra ha sido confiada, después de una larga y prolija encuesta, a los reputados talleres gráficos de la casa López de Buenos Aires. Este detalle es una expresión más del amplio y solidario espíritu de hermandad americana que preside las deliberaciones de la comisión editora, espíritu coincidente, por otra parte, con el carácter continental y universal de la vida y de la obra del polígrafo venezolano. “A Bello —dice con acierto la referida comisión— no podríamos servirle con la mezquina postura de un patriotismo cerrado. Ello sería desconocer su espíritu, borrar su figura, traicionar su lección, sepultar su mensaje.” Y su mensaje —alto “exponente de un genuino humanismo americano”—, que cobra hoy sorprendente vigencia y actualidad en muchos de sus aspectos, se difundirá de nuevo por los confines de la tierra a través de las páginas de esta edición maravillosa.

El mundo de los libros, por DOMINGO BUONOCORE, Santa Fe, Castellví, 1955, 333 p.

¿Le gustaría tener entre manos un libro en el que se hablara de los libros? Naturalmente que sí. Y si de ellos opinaran escritores famosos, mejor. Si ese libro, por otra parte, tuviese un acápite dedicado a los escritores por intelectuales de gran talla, ¿no resultaría aún mejor? Desde luego, desde luego. ¿Qué pasaría si en él viniese incluido un capítulo referente a la imprenta, capítulo dividido entre firmas asimismo solventes? ¡Superior! ¿Y si, por otro lado, se dispusiese en ese libro una parte para la biblioteca y el bibliotecario? Hombre, estupendo sería eso. Bien, bien, pero no es todo. ¿Le gustaría leer en otro apartado del libro algo respecto de la bibliofilia y de la bibliomanía a cargo de buen número de escritores consagrados? ¡No ha necesidad de preguntarlo!, ¿verdad? ¿Y si en el índice del libro en cuestión cupiese un capítulo dedicado a los libreros y librerías? Pues... miel sobre hojuelas.

Un libro que encerrara todo eso entre la cubierta y la tapa, sería lindo sin más. Pero, ¿se le habrá ocurrido a alguien tan brillante idea? Mas... aguarde un instante querido lector. Tengo delante mío un libro impreso por la "Librería y Editorial Castellví, S. A.", de Santa Fe, República Argentina. Sobre su gris encuadernación resalta el título rojo cual si hiciera un guiño para llamar la atención, para lograr que nuestros ojos, seguidamente, resbalen hacia su interior, en pos y demanda del contenido. ¿Cuál es el título? Es, en rigor, cautivante. Se lee en él: "El Mundo de los Libros". Y luego, en letra negrita: "Páginas sobre el libro, el escritor, la imprenta, la lectura, la biblioteca, el bibliotecario, el bibliófilo y el librero". Ahora bien, ¿no es éste el libro con el que soñábamos hace un instante? Está claro: es el mismo. Y el feliz autor de la idea, pues Domingo Buonocore, a cuyo cargo corren la selección, prólogo y notas.

No resta, entonces, otra cosa que decirle: "¡Gracias, don Domingo!" Máxime si, en el prólogo, el hombre nos traza a guisa de información una ágil y nerviosa historia del libro, suerte de aperitivo antes de darnos con el contenido varío, multifacético, desde ya cautivante y siempre bello de los capítulos que hinchán y engrosan el volumen. "El Mundo de los Libros" es un libro que nos obliga a hacer un alto entre los libros, para ver qué dicen del libro y de las circunstancias que con él se relacionan, los que han escrito muchos libros de calidad impar, de indiscutidos méritos. ¿Nombres? No puedo darlos todos —¡qué pena!— porque el espacio se me iría en gruesa proporción. Pero allá van algunos: Ortega y Gasset; Honorio Delgado; Marcelino Menéndez Pelayo; Azorín; Maurois; Rodó; Paul Hazard; Diez Canedo; Alberto Hidalgo; Marañón; Anatole France; Alfonso Reyes; Georges Duhamel; Werner

Bock; Sem Tob; Paul Valery; Gabriela Mistral; M. Ilín; Amado Ner-
vo; Guillermo de Torre; Jorge Luis Borges; Pedro Salinas; Gustavo
Pittaluga; y tantos, pero tantos más.

Hay demasiada esencia en este libro para decir que no embriaga. No es una mera frase. Es la verdad monda y lironda. Hombres de temple diverso, hijos de pueblos distintos, pertenecientes a épocas varias, se suscriben, en estas páginas, como enamorados de un solo amor: el libro. ¡Y a fe que lo amaron y lo aman! ¡No los ve usted metidos en sus bibliotecas hurgando con pasión y denuedo sus cientos o miles de volúmenes! ¡Es que no los divisan —damas y caballeros— reclinados sobre sus mesas de trabajo, en sus escritorios, acaso en el comedero de casa, en una salita, quizá en la banca de un parque, en un vehículo, tal vez en la calle misma, es que no los divisan, siempre con un libro entre las manos, prendidos tras los renglones con un casi imperceptible movimiento de los labios! Son los de estos hombres, nombres familiares para ustedes, quizá algunos de ellos nada menos que los escritores preferidos, los que no sólo escribieron unos libros suyos, sino que, además, diéronse un tiempo, en el curso de sus vidas fecundas, para declarar su amor al libro, ese amor que la paciencia bendita de Domingo Buonocore ha hecho plural en la plural manifestación de esa pasión que registra, a lo largo de sus páginas, “El Mundo de los Libros”.

Es la pasión —intensidades más, intensidades menos— que todos los que tenemos y leemos libros, sentimos por el libro. Algunos nos detetamos en su ambiente, en el ambiente de los libros. En lo que a mi atañe, deslizóse mi primera infancia en la biblioteca de mi padre: he ahí mi primer contacto con el mundo. A través de la ventana enrejada de la pieza, mis asombrados ojos de niño miraban el desfile de la vida por una calle provinciana. Y, al volverme, me daba con los libros. Y hurgaba, hurgaba en las ilustraciones de la “Odisea” y de “La Divina Comedia” o en las de la “Historia del Consulado y del Imperio”, de Thiers. Después el tiempo y la vida se llevaron a mi infancia, a mi adolescencia, a mi primera juventud. Pero esos mismos libros me han quedado: algo más amarillentas sus páginas, un tanto deteriorada la encuadernación, pero ahí están: no hay fidelidad más fiel que la fidelidad del libro. Nos sobreviven, incluso.

Yo le agradezco a mi buen amigo, el librero Juan Mejía Baca, este lindo obsequio de “El Mundo de los Libros”. En verdad, más que libro es un recinto; un hogar, una casa acogedora en donde nos damos, los que de veras amamos los libros con los libros mismos, con sus autores, con sus impresores, con los libreros que los hacen llegar a nuestras manos. Entonces se entabla el diálogo, la charla cordial se enciende, vivi-

ficase la discusión sin disputa, se armonizan las ideas, se enderezan los acuerdos; y, por sobre todo eso, nos une el común amor por una de las faenas más señeras y maravillosas que ha ejecutado el hombre desde que es hombre: la faena de hacer libros y leerlos. ¿Hay por ventura otra mejor?

Jorge Luis Recavarren

Histoire illustrée de la librairie et du livre français des origines à nos jours, por J. A. NERET, Paris, Lamarre, 1953, 396 p.

Abundan por cierto los libros relativos a la tipografía, ilustración y encuadernación estudiadas desde el punto de vista estético, histórico o técnico. En cambio son muy escasos aquellos que se refieren al libro como objeto de comercio. De ahí que el trabajo de Neret resulte particularmente interesante y novedoso.

En primer término se ocupa de la librería antigua: manuscritos, incunables, siglos XVI, XVII y XVIII. Luego de la librería moderna: período 1800-1870, fin del siglo XIX, librería contemporánea y entreguerra. En cada caso se estudian las técnicas gráficas en cuanto influyeron sobre el aspecto y presentación del libro, las leyes o reglamentaciones en vigor, el desarrollo de la librería propiamente dicha y las principales firmas de la época.

De esta manera resulta posible tener idea cabal de como se difundía un libro en el Siglo de Oro, cual era la situación económica de un autor romántico o qué significaba un "best seller" en el siglo XVI, en 1830 o en 1900. Se vé como el libro alcanza, cada día, mayores tiradas y cómo va penetrando en nuevas capas sociales. Se vé también cómo decae el valor intrínseco de las obras: interrupción de las grandes colecciones de estudio, cierre de editoriales eruditas. En una palabra, paulatina destrucción de las élites intelectuales en pró de una masificación indiscriminada.

La parte ilustrativa contiene muchas reproducciones de documentos poco conocidos: avisos de propaganda libreril, catálogos, membretes comerciales, etc. La bibliografía, cuidadosamente seleccionada es satisfactoria pero las citas han sido hechas en forma incompleta. Los índices alfabéticos, sistemático y de ilustraciones permiten un fácil manejo del volumen. Esta obra complementa, en realidad, la *Histoire du livre*

de Dahl, cuya traducción francesa publicara, en 1933, la misma editorial. Lástima que el papel, de regular calidad, perjudique la nitidez de las ilustraciones y quite brillo a esta obra capital para el estudioso del libro y de la cultura.

J. F. Finó

La ciudad y los libros; excursión bibliográfica al pasado porteño, por RAFAEL ALBERTO ARRIETA, Librería del Colegio, 1955, 207 p.

Es en verdad reconfortante que una librería de Buenos Aires se decida a conmemorar sus 125 años de vida con un libro sobre libros y no sólo con un catálogo, abundante en fotografías de salones y talleres. Y es además muy justo el haber confiado a Rafael Alberto Arrieta esta excursión por un pasado porteño (y tan pasado!), generoso en libros y bibliófilos.

Para los buenos conocedores de la materia, Arrieta no dice cosas nuevas. Pero ha sabido hilvanar noticias y recoger datos con tanta galanura y con una amenidad tan permanente, que se le agradecerá este libro. La primera gran dificultad con que ha tropezado es que el material mismo de que ha dispuesto es fragmentario y casi invariablemente anecdótico, y que en realidad a ninguno de los protagonistas de la edad de oro de nuestra bibliofilia y de nuestra bibliografía pareció historiar o teorizar en la materia. Como Arrieta tampoco ha intentado hacer un estudio de las contribuciones bibliográficas de todos ellos —que no cabía en el plan de su libro— ha debido trabajar con elementos inseguros y a veces muy difíciles de aprehender. Y ha tenido que estructurar un libro en el que el cauce central (la historia de la Librería del Colegio), es a menudo subterráneo, y quizás lo sea ya para siempre. Prueba de ello es la levisima estructura de la obra, y los “intercapítulos” que la cortan y matizan. Pero justamente por todo esto es que Arrieta merece elogios: por haber sabido anudar los pedazos de una cadena rota. Todo en este libro está hecho con gracia y muy a menudo con picardía. En verdad que ninguna de las obras del autor sobre temas bibliográficos nos ha parecido mejor ni más agradable. Y todo esto sin olvidar su capacidad para atraer la atención sobre pequeñas cosas olvidadas ni su eficiencia para reunir una buena y amplia bibliografía, útil a todos.

Josefa E. Sabor

Los Argerich; dos vidas consagradas a la patria y a la ciencia médica, por J. M. MASSINI, Bs. As., Instituto Amigos del Libro Argentino, 1955, 297 p., ill.

La medicina, actividad de inmediato interés para el hombre, ha constituido casi siempre una de las primeras manifestaciones de la ciencia. En los distintos países y tiempos, los médicos, o quienes hacían sus veces, han precedido a los otros científicos. Ello explica el valor de los estudios referentes a tales comienzos.

En el libro que se reseña, el autor no solo ha hecho un sólido y documentado aporte al conocimiento de los primeros pasos de la medicina en nuestro país, sino que dejándose acertadamente llevar por el interés que ofrecen los personajes centrales de su obra, hace revivir cincuenta años de vida rioplatense. ¡Y qué años! El fin del régimen colonial, las invasiones inglesas, la Revolución de Mayo, las guerras de la Independencia, la Anarquía, la Tiranía rosista.

Dos capítulos, por diferentes razones, son de particular atractivo. El primero, atañe a la biblioteca del doctor Cosme Argerich, cuyo inventario judicial se transcribe en apéndice. Esta biblioteca fué una de las más nutridas de entonces y nos permite conocer cuáles eran las fuentes de información de que disponía un científico en tiempos de la colonia. Este capítulo, que se agrega al estudio de Probst sobre las bibliotecas del canónigo Maziel, al de Colombres Luque sobre bibliotecas jurídicas cordobesas y al catálogo de la biblioteca jesuítica de la misma ciudad, aporta un nuevo e interesante elemento para la obra que algún día será menester emprender: la historia de nuestras bibliotecas coloniales.

El otro capítulo concierne la actuación de Francisco Argerich en época de Rosas. Resulta increíble la actualidad de los acontecimientos allí evocados y más de un lector, involuntariamente, se preguntará si ello sucedía en 1846 o en 1946, en la Honorable Sala de Representantes o en el Honorable Congreso de la Nación, en la quinta de Palermo o en la quinta de Olivos.

Tenemos entendido que esta obra es la primera, de largo aliento, publicada por el autor. En tal caso debe felicítarsele sin retaceos. Pocas veces, entre nosotros, una primera obra reviste tan alta calidad, pero ¿por qué se atuvo a la mala práctica hispana y no acompañó su obra con un buen índice alfabético!

J. F. Finó

Correspondencia entre Sarmiento y Lastarria, por D. F. SARMIENTO, 1844-1888, anotada por María Luisa del Pino de Carbone, Bs. As., el autor, 1954, 172 p. y lám.

Harto sabido es que la historia solo puede escribirse mediante la consulta constante y directa de las piezas de archivo: informes, cartas, actas, emanadas de los actores mismos o de sus contemporáneos. Ahora bien. La conservación de estas piezas originales se ve amenazada por innumerables peligros: robo, incendio, abandono... De ahí que toda publicación de papeles de archivo sea obra benemérita ya que permite salvaguardar tesoros irremplazables. Más aún, al poner en mano de los estudiosos documentos conservados en archivos de lejano o difícil acceso, se facilita en forma considerable la labor histórica. Nuestra Biblioteca Nacional así lo había comprendido y en su *Revista*, cuya publicación ha quedado desgraciadamente interrumpida por inconsulta medida, se publicaron innumerables piezas de gran interés. Lo mismo puede decirse del Instituto de Investigaciones Históricas, del Archivo Histórico Nacional y de otras reparticiones que han hecho conocer varias piezas otrora ignoradas.

Pero no solo los repositorios estatales conservan documentos de valor. Es frecuente hallarlos en archivos particulares. Como éstos suelen ser de difícil consulta, la publicación de las piezas allí custodiadas es doblemente meritoria.

Debe pues agradecerse a la señora del Pino de Carbone que, en un volumen de impecable presentación, nos ofrece las cartas cambiadas entre Sarmiento y el chileno Victoriano Lastarria a lo largo de casi cincuenta años y que nos permiten ahondar la personalidad, brusca y genial del sanjuanino, que contrasta fundamentalmente con el tono moderado y algo pesimista de su amigo de allende los Andes.

El volumen comienza con una documentada introducción que aporta numerosos datos sobre Lastarria, sumamente útiles para nosotros los argentinos. Luego se reproducen facsimilarmente las cartas objeto de la publicación, acompañadas de su fiel transcripción y enriquecidas con notas aclaratorias referentes a hechos o circunstancias de no inmediata recordación.

Podría quizá reprocharse el que las obras consultadas no fueran citadas con toda precisión bibliográfica y que falte un índice alfabético de personajes mencionados en las cartas pero, pese a estos reparos, la publicación reseñada es digna de todo encomio y hace honor a su autora.

Los conceptos jurídicos y su terminología, por RAFAEL BIELSA, Buenos Aires, Depalma, 1954, 208 p.

La reciente segunda edición de *Los conceptos jurídicos y su terminología*, obra del doctor Rafael Bielsa, publicista de muy firme autoridad, servirá, acaso, para que magistrados, funcionarios y profesionales dediquen algún día más atención a problemas que no les son ajenos: los del lenguaje propio. Porque dentro de la lengua general —bien mostrenco— hay un lenguaje de la especialidad: el usado en leyes, decretos, sentencias, resoluciones administrativas, contratos y escritos judiciales y en tesis doctorales y estudios y tratados jurídicos. Tal lenguaje debe reanudar la buena tradición sudamericana, vigorizada por codificadores de la jerarquía de Andrés Bello y comentaristas del fuste de Lisandro Segovia, parejamente doctos en materias de derecho y de lengua. “No se olvide —dice el autor— que hasta hace un siglo más o menos —y especialmente en la antigüedad y el Renacimiento— todos los grandes juristas eran filólogos”.

Bielsa destaca cómo la lengua general y, con ella, el lenguaje de la especialidad suelen reflejar los altibajos propios de la vida de cada país, donde hay períodos de notable ascenso intelectual y otros, en cambio, de muy conatural chabacanería: “cuando gobiernan ciudadanos que son hombres-guiones, porque su cultura, sabiduría y decoro son prendas de educación del pueblo, éste se eleva; cuando ocurre lo contrario y el que pretende gobernar se allana a la inferioridad, ese pueblo, en lugar de elevarse, desciende y se degrada”. Capítulos después recuerda palabras de Goethe, condenatorias de la chapucería de los asuntos públicos, y agrega: “No hay demagogia jurídica: demagogia y derecho son conceptos antitéticos, que se repelen”.

Aunque partidario de la corrección idiomática, el autor desecha la utilización de galas superfluas, suerte de hinchazón retórica con que algunos abogados quieren impresionar a los incautos. Por ser lenguaje técnico, el jurídico exige precisión, claridad y orden expositivo para evitar posibles ambigüedades, provenientes éstas de fallas de léxico o de sintaxis que deforman u oscurecen el texto. E ilustra lo dicho con muy aleccionante ejemplificación.

La obra de Bielsa contiene mucho más de lo que anuncia el título, pues no sólo expone las nociones básicas relativas al vocabulario tribunalicio y glosa palabras de empleo frecuente en él, sino que apunta útiles observaciones sobre redacción de leyes y decretos y sobre plan y composición de tesis doctorales. Dedicó el capítulo final a los “aforismos jurídicos”. Y un índice alfabético facilita la consulta del libro.

Entre las palabras estudiadas por el autor, muchas son de vicioso uso. Atañen otras a conceptos bastante desgastados en el manoseo diario y éstos los esclarece el autor con científica propiedad, p. ej., los de "pueblo", "leyes de orden público" y "superior gobierno".

Abundante enseñanza contiene este libro. Incluso para el lector común, porque Bielsa rechaza ciertas sinonimias rutinariamente adoptadas y también porque censura incorrecciones de mucha boga en nuestro medio: alumnado, estudiantado, rol, develar, suceso (por "éxito"), comparencia, constatar, etc. Y con amplio acopio de información indica las normas a las que conviene ajustar la lengua general y el lenguaje técnico. Por esto, a la curiosidad sin fronteras del autor es aplicable, en sentido inverso, lo que al respecto dijo otro maestro eximio, Alfredo Colmo: "Quien sabe sólo Derecho, no sabe Derecho".

José María Monner Sans

La historia que he vivido, por CARLOS IBARGUREN, Buenos Aires, Peuser, 1955. 504 p.

Pocos meses antes de morir, el doctor Carlos Ibarguren —jurista, escritor e historiador que cuenta en su haber una nutrida producción escrita— ha dado a la estampa esta obra de historia y de recuerdos. Ella —como lo dice el autor en el prólogo— "abarca un lapso de setenta años de vida argentina que pasa en estas páginas como en una película cinematográfica, mostrando su desarrollo y evolución".

Nuestros hombres públicos —a diferencia de lo que pasa en la mayoría de los países europeos— no son muy dados a escribir sus "memorias", género literario que, cuando no se reduce a la narración trivial y anecdótica, tiene un valor importantísimo para conocer en la intimidad y en los detalles, hechos políticos, sociales, económicos y culturales que definen el panorama de la gran historia a que se refieren.

Este libro, hermoso por su estilo, ofrece, además, un interés vivo y actual, tanto por los múltiples episodios y acontecimientos que evoca, todos ellos conocidos por el autor de lejos o de cerca, como por las semblanzas de los personajes que traza magistralmente a lo largo de su extenso relato en el que se entremezclan pequeñas y grandes cosas. El libro se abre con un capítulo en el que Ibarguren revive su Salta natal, el hogar de sus mayores, los años de adolescencia, las revoluciones del 80, 90 y 93, los gobiernos de Roca, Pellegrini, Sáenz Peña, su magisterio en la Facultad de Derecho de Buenos Aires y el desarrollo intelectual de la gran aldea.

Las últimas secciones de la obra están destinadas al análisis de la guerra mundial de 1914, de las dos presidencias radicales, de la revolución de 1930, gobierno de Justo, segunda guerra universal y movimiento del 4 de junio de 1943.

En este amplio paisaje van desfilando, en la interpretación y juicio personal de Iburguren, gobernantes y sucesos que, en su hora conmovieron a la opinión pública y trascendieron las fronteras del país. El lector podrá discrepar con el autor —y nosotros lo hacemos especialmente con sus opiniones sobre Irigoyen, el motin de 1930 y sus ideas políticas, extrañas a la tradición democrática argentina— pero no dejamos de reconocer por ello la probidad y sinceridad del doctor Iburguren que se eleva siempre por encima de la pasión política en un noble afán de decir su verdad, aunque ella no sea la de todos.

DOMINGO BUONOCORE

Aimé Bonpland; aportaciones de carácter inédito sobre su actividad científica en América del Sud, por RUIZ MORENO, A., RISOLIA, V., D'ONOFRIO, R., B. Aires, Instituto de Historia de la Medicina, 1956, 161 p. (Publicaciones v. XVII).

El tirano de turno en algún país de América mantuvo nueve años y dos meses preso, a veces engrillado, a un sabio médico y naturalista de fama mundial, “uno de los seres más bondadosos, benefactor del género humano” según Robertson. Nueve años que provocan la ira apenada disimulada de Simón Bolívar. El libertador de Colombia, que había invitado especialmente a Aimé Bonpland a venir a Sud América, tronaba desde Lima, dirigiéndose al dictador Francia del Paraguay; “... dígnese V. E. oír el clamor de 4 millones de americanos libertados por el ejército de mi mando...” “... sería capaz de marchar hasta el Paraguay solo por libertar al mejor de los hombres”.

Los autores recuerdan lo que muchos argentinos ignoran, que fué Bonpland un patriota auténtico que actuó en la sanidad del ejército de Lavalley y cuyas cenizas yacen en tierra correntina que lleva el nombre símbolo de Paso de los Libres. También es generalmente ignorado que la yerba mate fué clasificada y estudiada, antes que por el sabio Saint-Hilaire cuyo nombre lleva, por Aimé Bonpland, llegado al país en 1817. Vino impulsado por el advenimiento de los Borbones en su patria natal y tras repetidos pedidos de S. Martín, Rivadavia y Belgrano. Los cua-

renta años últimos, la mitad de su vida, los vive en Sud América, la mayor parte en nuestro territorio.

Durante el oscurecimiento cultural de la Argentina en la última década, la cátedra de historia de la medicina de la Facultad de Bs. Aires, continuó publicando y mantuvo, pese a dificultades de todo orden, el ritmo regular de sus ediciones. Cerrada la vía de la impresión, se recurrió al democrático mimeógrafo y así pudieron ver la luz muchos textos importantes: "Séneca", "Galeno" etc. Los autores de este trabajo vuelven a revelarnos el enorme horizonte de sus investigaciones y es ahora con Bonpland, sabio y prudente cuanto desgraciado en las contingencias del azar.

Es ésta una magnífica obra de síntesis que abarca aspectos vinculados a su actuación en América, la que más nos interesa y la más desconocida. Así se estudian el proyectado jardín de plantas en la quinta betlemita; la "conjuración de los franceses", uno de los colazos de la actividad corrosiva de José Miguel Carrera, los esfuerzos de Bonpland recolectando aves, insectos, semillas. Reúne 2.000 plantas, inclusive 3 nuevas especies de índigo o añil, a las que reputa como fuente extraordinaria de riqueza tintórea para el país.

Sus estudios sobre la yerba son de singular valor. Advierte la posibilidad de que su consumo se imponga en todas las armadas del mundo. Y en todos los órdenes su ciencia es conocida y respetada. Así el Emperador del Brasil, que desea visite Río a efectos de establecer intercambio naturalista entre Jardines Botánicos, ofrece mandarle un buque de guerra para llevarlo "con más comodidad".

Al recordar esta figura argentina y patriota, reconocemos el inmenso valor que libros de esta clase, bien escritos y enormemente documentados, tienen para el país.

JOSÉ M. MASSINI EZCURRA

